

# Marruecos: encubrimiento, resignación

Kristina Kausch  
Investigadora,  
Programa de Democratización, FRIDE

El En julio de 2007, FRIDE publicó un documento En Contexto sobre las elecciones parlamentarias del 7 de septiembre en Marruecos (“¿Un gobierno islamista en Marruecos?”), en el cual se analizaron las perspectivas de que el Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD - Parti de la Justice et du Développement) formara parte del próximo gobierno y las posibles implicaciones que esto podría tener en la democracia marroquí. Muchas de las inquietudes que se plantearon en ese documento quedaron al descubierto después de los comicios.

Ninguna otra elección anterior en Marruecos ha atraído la atención de la comunidad internacional como las elecciones parlamentarias de 2007. Observadores electorales, analistas y corresponsales extranjeros por igual acudieron a Rabat para presenciar un día que se esperaba fuera el que sellara el cambio de Marruecos hacia un ‘gobierno islamista’. Pero tanto los sondeos como los pronósticos resultaron desacertados: a pesar de que el PJD sí obtuvo un mayor número de escaños, no fue en absoluto un ‘raz de marée’, y el partido no logró cumplir su expectativa de convertirse en la fuerza política de mayor peso. No sorprende menos que el antiguo partido *Istiqlal* (independencia) haya doblegado al PJD en términos de popularidad, algo que a los analistas les cuesta trabajo explicar.

El elemento más sorprendente de estas elecciones no es, sin embargo, ni el relativo fracaso del PJD ni el repentino avance del *Istiqlal*, sino la mísera participación electoral (37 por ciento), según cifras oficiales. No obstante, se estima que la participación real fue aún menor (alrededor de 24 por ciento), dado que las cifras oficiales muestran los votantes registrados con los votos anulados y en blanco, los cuales acumulan el 19 por ciento de los votos emitidos. En otras palabras, al menos dos tercios de los marroquíes se abstuvieron de votar, y de aquellos que sí lo hicieron, uno de cada cinco votó en blanco o su voto fue anulado. Por otro lado, los medios marroquíes informan que muchos de los votos en blanco fueron adornados con mensajes de protesta, que expresaban con crudeza su desilusión con la élite gobernante.

Luego de que se conocieran los resultados electorales en el país vecino, los medios españoles respiraron con alivio al ver frustrada la temida perspectiva de tener un país con gobierno islamista al otro lado del estrecho. Haciéndose eco de la retórica del gobierno marroquí, la cobertura se concentró en su mayoría en los aspectos técnicos de la elección, el sorprendente resultado del PJD se atribuyó al último fracaso del partido por ganarse la confianza de los votantes, y casi nadie se cuestionó cómo el antiguo partido electo, *Istiqlal*, había logrado de repente sobrepasar a un partido popular y supuestamente no corrompido, que había estado a la cabeza de las encuestas durante meses. El mensaje político revelado en el hecho de que estas elecciones hayan registrado el porcentaje más bajo de votantes en la breve historia electoral de Marruecos fue, en su gran mayoría, comentado en notas al pie. Estas evaluaciones pierden la perspectiva del tema por varias razones.

En primer lugar, el hecho de que el PJD no haya podido asegurarse la participación en el gobierno no es necesariamente un motivo de alivio. Al partido que lidera el Secretario General Saad Eddine El Othmani le caben muchos adjetivos pero 'radical' definitivamente no es uno de ellos. En el panorama político de Marruecos, se podría decir que el PJD representa la rama moderada y flexible de una comunidad islamista que está cada día más dividida. En su trayectoria política, que comenzó en 1999, el PJD ha ido adaptando no solo su retórica y su apariencia sino también sus demandas políticas y su capacidad de crear consenso a los requisitos de gobierno y competencia democráticos -y, por supuesto, a las reglas del juego establecidas por el Palacio Real.

Un gobierno liderado por el *Istiqlal* significará fundamentalmente más de lo mismo: cambiar la cara pero mantener el rumbo de la élite política en un parlamento sin poder significativo, y gobernar a través de una coalición compuesta por partidos co-optados y letárgicos, que ni siquiera piensan en desafiar las reglas no oficiales pero bien conocidas del juego, establecidas por el entorno del rey. Es posible argumentar que si el PJD hubiera participado en el gobierno de coalición (que, debido a la situación de fragmentación partidaria requiere siempre de una composición de al menos cuatro o cinco partidos), casi seguramente no habría logrado promover cambios de magnitud. Sin embargo, como nuevo partido de oposición que afirma ser sin corrupción, con el deseo de probar que puede gobernar y cumplir, el PJD podría al menos haber filtrado aires renovados en las filas de la élite establecida, y, con ello, una mínima posibilidad de un nuevo ímpetu para el cambio político.

En segundo lugar, en términos de relevancia política, el rasgo político más significativo de esta elección no ha sido la distribución de los escaños. Es decepcionante saber que por el momento no habrá vientos de cambio en la coalición gobernante en Marruecos. Por el contrario, el bajo número de electores y el alto porcentaje de votos en blanco deben causar sería preocupación porque muestran el grado de desconexión que existe entre el gobierno marroquí y el electorado. Las autoridades marroquíes sí han expresado su preocupación por el la baja participación electoral pero no dieron ninguna señal de auto-reflexión. Por el contrario: como para anticiparse y evitar que les culpen, hacen hincapié en el gran esfuerzo por acercar a los votantes información y campañas de concienciación que se hicieron en el período pre-electoral. Es cierto que estas actividades han sido de gran valor y constituyen un considerable esfuerzo por parte de las organizaciones de gobierno y la sociedad civil por crear conciencia sobre el proceso electoral y los derechos de los ciudadanos en un país en el que casi la mitad de la población es analfabeta. No obstante ello, a la luz de la evolución de la participación de los votantes en las últimas tres elecciones (que cayó del 58 por ciento en 1997 al 52 por ciento en 2002 y al 37 por ciento en 2007), estas cifras sugieren que la baja participación registrada en 2007 no es una cuestión de información sino que tiene razones estructurales más profundas. Primero y principal, lo que falta no es información sino confianza.

El creciente distanciamiento entre la élite gobernante y el pueblo, y la aparente imposibilidad de irrumpir en las estructuras de poder establecidas pueden tener implicaciones aún mayores para Marruecos y sus socios internacionales. En tanto se mantenga la continuidad de las estructuras de poder existentes, los mecanismos de control carezcan de efectividad y una separación de poderes esté fuera de alcance, es posible que el creciente desencanto hacia la élite gobernante empuje a los moderados, y en particular a la juventud, hacia el extremo radical del espectro islamista marroquí. En estos días, el movimiento islamista (de facto proscrito) *Al Adl Wal Ihsane* (justicia y caridad), el cual de ninguna manera le teme a desafiar al *Makhzen* y a la monarquía, ya es considerado la oposición verdadera en Marruecos, y es por lejos más influyente que el PJD. La relativa derrota de los islamistas moderados no le da a Europa ningún motivo de alegría. Por el contrario: negarle al radicalismo su plataforma fortaleciendo a los moderados y ayudándoles a gobernar sería algo que debería darles a sus vecinos españoles bastante más alivio.

Sería engañoso culpar exclusivamente al Palacio y su entorno por la apatía de los electores. Los partidos políticos, tanto el del gobierno como de la oposición, también tienen su parte de culpa ya que han sido absorbidos por el aparato de poder, hacen poco por fomentar el cambio, se ven afectados por una imagen de corrupción y han sufrido el deterioramiento de su credibilidad durante algún tiempo. Por ello, tal vez con dos tercios de la población emitiendo un silencioso voto de desaprobación, resignación o, en el mejor de los casos, indiferencia, los partidos políticos y líderes de Marruecos, así como los medios europeos que están bien dispuestos a repetir la retórica del régimen, podrían comenzar a hacer algunas preguntas. Por ejemplo, si la dura caída en los niveles de participación no está conectada con la falta de rendición de cuentas por parte del gobierno que proviene de la existencia paralela de procedimientos democráticos formales y reglas de juego de facto informales; si en una sociedad que se va liberalizando lenta pero sostenidamente, el respeto por el aparato de poder del todopoderoso *Makhzen* -quienes en verdad toman las decisiones en todas las cuestiones estratégicas en detrimento de elecciones, distribución de escaños o composición de gobierno- no dará de a poco lugar a una creciente desobediencia civil; y si las abstenciones en muchos casos no son una simple muestra de la poca disposición de los electores por apoyar indirectamente a un régimen que no rinde cuentas al proporcionarles la legitimidad nacional e internacional a través del voto.

La pregunta más importante para el régimen marroquí debería ser cómo detener la caída del número de votantes y aumentarla para las próximas elecciones. Concentrarse meramente en los aspectos formales y técnicos de los comicios no va a solucionar éste problema. Los observadores electorales han reconocido los avances de las autoridades marroquíes en cuanto a la transparencia y libertad de las elecciones, lo cual es sin dudas una mejora respetable. No obstante, por más grande que sea el logro, ¿de qué sirve tener elecciones formalmente libres y justas si el cuerpo elegido no gobierna el país? Por el contrario, celebrar comicios sin verdadera representación puede otorgar a los regímenes semi-autocráticos un tinte democrático que les puede resultar conveniente. Los líderes marroquíes tienen razones tangibles para querer mantener su imagen de líder relativo de la liberalización política en la región, ganada con tanto esfuerzo, y tienen poco interés en mostrar abiertamente cualquier falta de compromiso democrático. Los políticos y los medios europeos no deberían pues legitimar desde el exterior el aparente esfuerzo del régimen marroquí por reemplazar un debate sobre la democracia por uno sobre elecciones.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en [www.fride.org](http://www.fride.org)

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en [comments@fride.org](mailto:comments@fride.org)

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior  
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª – 28001 Madrid – Telf: 91 244 47 40 – Fax: 91 244 47 41 – E-mail : [fride@fride.org](mailto:fride@fride.org)  
[www.fride.org](http://www.fride.org)